

LA VIA MUERTA

P • r CARLOS MARTINEZ MORENO

Por razones de índole personal, el autor ha preferido retirar el cuento "Los sueños buscan el mayor peligro", que originariamente se había anunciado en "MARCHA". En su lugar, publicamos hoy "La vía muerta", parte de un relato mayor del que, en estas mismas páginas, han aparecido ya otros capítulos.

LOS chicos iban a ver siempre aquel vagón, a correr por su largo pasadizo desierto, a tocar el sol de invierno sobre su vieja y deslustrada madera, a ver —puestos en cuclillas— cómo su gran sombra echada contenía el brillo parejo de los rieles, a contemplar la negra yacencia de aquellas manchas de aceite que se ensanchaban sin cesar sobre los mismos sitios, en la trocha.

Joaquín pensaba que era tal vez el mismo que había traído a su madre, a sus dos hermanos y a él a aquel pueblo; el mismo, con sus asientos muelles y deformados, con su olor a cuero, a gente, o a almuerzo frío. El padre esperaba en el andén, vestido de blanco, agitando su sombrero de paja como para un interminable redoble de tambores, con un relampagueo de las alas y la copa, tocadas por un rayo de luz que venía del otro lado del tren y fantasmaba el saludo y el brazo del padre, en la resentida y oblicua penumbra del gran alero festonado de la estación.

Y a veces emergía como una mueca azuzada por alguien detrás de una triste multitud, el rostro del padre, su blancura, su rígida sonrisa, la curva del mentón y el alma afanándose en los ojos, como si al separarlo de su mujer y de sus hijos tan sólo aquellas dos filas de caras descuidadas —casi inmóviles, no de costumbre sino de brutalidad— estuviera más lejos que nunca, echara una última mirada, se despidiese. Era tal vez aquel mismo vagón por una de cuyas ventanillas lo habían sacado tomándolo de las axilas, haciéndolo entrar al pueblo (entonces no podía darse cuenta) con esa trémula y oscura involuntariedad con que en otros tiempos las mujeres franqueaban, en brazos de sus hombres, el umbral de sus nuevas casas. Y entre aquella llegada y este silencio de la vía muerta —la quietud y su pastosa segregación de aceite, de sombra, de humedad—, estaba el tiempo con sus decadencias, su vida en aquel pueblo, la nave ya quemada y muerta.

El padre se había adelantado, dando unos pasos entre la gente que no se movía, había estirado los brazos como si el tren huyese de través, había sonreído —cerrando los ojos a la luz y al encuentro— con una alegría desasosegada por su prejuicio de hallar las frases. La larga teoría de rostros fijos había ondulado apenas, como si un hilo transversal que la sostuviese hubiera sido tirado de una punta, al tiempo que los campanilleros de la estación daban al padre una disculpa por no decir nada, con las manos vueltas hacia arriba, con una calidad de ligera súplica que era a un tiempo la vieja confianza y la nueva suerte de decirse "aquí estamos", de confiarlo a unas manos y a una cara que no habían envejecido para la emoción.

Y ahora el vagón estaba en la vía muerta, el mismo vagón con la hendedura para la tabilla de los destinos ya vacía y mohosa, con la huella de las muchas rozaduras, la cicatriz de haber dicho "Mélo" y "Colonia", negando cada día a la víspera, arrastrando a las gentes adonde nadie sabía. Desde los pies de los niños la sombra crecía hacia adentro, a cujarse en la mancha de aceite en que se rezumaba, sin llanos ni barrancas donde echar su fantasma discontinuo. Todo ardía quedamente, en una lenta palpación de abandono. Día del fin. Joaquín sabía que en aquellos balconillos de sus extremos algún hombre pensativo había fumado sin apuro en la noche, echando el humo de costado para no estorbarse la vista de las estrellas, mientras la larga vertebración amarilla de las ventanillas serpeaba abajo.

El padre había preguntado solamente "¿Tuvieron buen viaje?", y los había besado, primero a ellos y luego a la madre, dejándolos con las maletas en una esquina del andén, para ir a alquilar un automóvil ("o una volanta, que es lo que usan aquí"). El había tenido un repentino miedo, una anticipada vergüenza de viajar aparatosamente en un viejo y desquiciado placero, allí donde nadie los conocía, donde sería chocante atraer las miradas.

La locomotora comenzó a descargar de su vapor, con una pulsación blanda y desagradable y una blanca nube de humo proyectada hacia donde ellos se encontraban. En ese momento, con sus gestos siempre sofocados en el ruido, el padre había hecho el ademán de que se acercaran, y había señalado un auto, a su izquierda.

Nada quedaba de las huellas de ese automóvil ni de otros, nada de la muchedumbre de la tarde de ayer que mañana volvería. El vagón estaba a la orilla de la vida, con cierto aire de decorosa clausura, con un sosiego cuyo fondo se

movía rechazando, como la sombra listada de los muelles, en los peldaños que tocan ya las aguas. La estación también se retraía detrás de sus verdes esteras bajas, detrás de sus paredes encaladas, amargamente esquivaba en su soledad, disfrutando de un yermo prestigio, del orgullo de que nadie hubiese pasado la noche entre sus muros. Vengándose del santuario, los niños corrían gritando por el andén vacío, por el desierto pasadizo del vagón. La cara del padre se había marchitado algo en aquellos años, había cedido al sueño y a la flojedad, se había plegado a la contemplación de las cosas que silenciosamente desesperaba decir. La madurez, su distensión egoísta y carnal.

Había muchos trenes, muchos viajeros que se cruzaban sin consagrar un minuto al pensamiento de que no se conocían. De toda esta trama de desencuentros iban saliendo los años.

Noemí. No era su larga cabellera negra, volcada sobre un hombro, no era la absorta gracia de su cabeza, inclinada como si fuera a adormecerse sobre el mismo violín, no era la música, la delicuescencia del sonido, la fulgurante tensión de las cuerdas bajo los árboles de aquel patio, no era el cuerpo menudo ni su actitud de embelesarse muriendo, no eran las nudosas y polvorientas rodillas de la niña de doce años. Era su nombre, su nombre lleno de puntos de incertidumbre, que juntaba la depuesta cabellera, las cuerdas, el arco, los indóciles destellos de la niñez en la clave reciente de otra edad, las ásperas luces que saltaban de la música: Noemí. Con aquella condición de murmurarse o saberse apenas, con aquella tersa faz de las cosas voluntariamente secretas, el nombre, la

ida de la niña y su rostro de intangible repetición estaban en Joaquín, en el hueco de aquel vagón, en el momento de retrasarse y susurrar por última vez la llamada entre dos filas de asientos vacíos, en el mortificado pudor de aquella devoción, que era no haberse compartido con su objeto, haber nacido de su penumbra, vivir de su pérdida. Pasajera de algún tren que se llevara su memoria de niña a repartirla entre mates a las que nada podía decirles, sola en el menguante de arena esperando al mar que daba su música, esta habitación diurna de su terio la guardaba por siempre. La vía muerta.

Saltaban desde lo alto de los balconillos los flancos del terraplén, enganchaban en los muros enmohecidos sus trajes que olían a sol. Ése, no podía ser otro. Nadie imprimía las tantas presencias de gente, humo y sudores en el aire de los vagones; era una locura querer hallar todo eso ahora.

Del extremo posterior de la estación brotaba un vaho insufrible, y en medio de él se sostenía y avanzaba, escalando una pared ciega tras la que desaparecían los hombres, una enredadera de estrechas y profundas flores azules. El tiempo cuajaba allí en sus periódicas floraciones, en la dulzura que lijaba contra el olor acre, doliéndose y exaltándose como en ningún jardín hubiera sucedido. El rostro y los blancos hombros del padre se habían iluminado sobre el fondo tembloroso, pasando con un sordo reflejo. En aquel instante, por una confusa primera vez, el niño había pensado con aprensión en el pueblo. La memoria balanceaba aquella imagen sobre un tañido de campanas, que aquel día no se oyera.

Luego, los años habían apagado sucesivos rostros del padre —cada vez más parecidos a las caras del andén, a su cerrada inexpresividad— sobre las flores azules, lánguidas y suspensas, en las que un jugo desconocido se adivinaba gravitando hacia una desgarrada eclosión, hacia la promesa de caer por fin en la tierra, en el abrazo de los infames residuos del hombre.

NUEVOS LIBROS EN CIENCIAS SOCIALES

por Carlos M. RAMA.

Bajo este título se indicarán, sin entrar en su detallada valorización, las obras más significativas que aparezcan sobre temas de Ciencias Sociales, (especialmente Historia, Derecho, Sociología y Política).

* Ernesto Renán: *¿Qué es una nación?* Trad. de Tomás Ruiz Ibarlucea. Prólogo de Roberto R. Giusti. Buenos Aires, Editorial Elevación, 1947. 234 págs.

A esta recopilación de discursos da título una conferencia leída en la Sorbona en 1882. Complementan el volumen "Cristianismo y judaísmo", "Contemporáneos ilustres" (semanarios de A. Thierry, Lamennais, C. Bernard, Littré, Fernando de Lesseps y Turguenev) y "Consejos del Sabio" (dos discursos a los estudiantes pronunciados en su pueblo natal).

* Pedro Ordoñez de Ceballos: *Viaje del mundo*. Edición y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, Col. Austral, 1947. 366 págs.

Se trata de la primera edición popular de una famosa relación del siglo XVI referente al periplo de su autor por Asia, América y Europa.

* Sigfrido A. Radaelli: *La irreverencia histórica*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, Col. Ensayos Breves, 1947. 131 págs.

Se trata de un conjunto de ensayos sobre temas de teoría de la Historia de positivo mérito. Aparte del que da título al volumen, este comprende "Los estudios históricos argentinos", "La superstición del documento", "Rehabilitación de la historia de Grosso", y un segundo núcleo de obras de investigación: "Vocación histórica de Mitre" y "La otra vida".

* Antonio Solís: *Historia de la conquista de México*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, Col. Austral, 1947. 457 págs.

Es la primera edición popular de la primera parte de la crónica de la gesta de Hernán Cortés realizada por un afamado escritor español del siglo XVII.

* Frederick Bergt: *El proceso de Nuremberg*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1947. 588 páginas.

Recopilación utilísima sobre el reciente proceso a los líderes nazistas. Contiene: la nómina detallada de los acusados, historia y bases legales del proceso, principales puntos de la acusación, el fallo y las sentencias. El grueso del volumen está dedicado a la transcripción de los informes semanales (40 en total) irradiados por el servicio europeo de la British Broadcasting Corporation.

* Luis XIV: *Memorias sobre el arte de gobernar*. Prólogo, selección y traducción de Manuel Grannell. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, Col. Austral, 1947. 151 págs.

Aparte de una cuidada selección de las memorias del "rey-sol", incluye este volumen a modo de apéndices, siete cartas de Bossuet a Luis XIV y fragmentos de la obra del primero "Política sacada de las propias palabras de la sagrada escritura".

* Suzanne Labin: *Defensa de la democracia*, la ra-

zón y el hedonismo. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, Col. Ensayos Breves, 1947. 279 páginas.

El volumen contiene nueve trabajos breves de los cuales corresponden a las Ciencias Sociales, el que le da título y los siguientes: "Psicoanálisis de la propaganda", "Cultura y libertad", "Defensa del progreso", siendo los restantes de carácter literario.

* Oswald Spengler: *El hombre y la técnica y otros ensayos*. Traductores, M. García Morente y L. Martínez Hernández. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, Col. Austral, 1947. 149 págs.

Una nueva edición del pequeño trabajo del autor de "La decadencia de Occidente" que los editores han unido a varios ensayos que llevan por título "La antigüedad de las culturas americanas", "El carro de combate", "Pesimismo", "La relación entre economía y política fiscal desde 1750", aparte de otros dos sobre temas literarios.

* La contribución de Italia en la guerra contra Alemania. Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Italiana, 1947. 286 págs.

Relación documentada de la actuación de Italia junto a los aliados desde el armisticio de 1943. Incluye numerosas estadísticas, transcripción de diversos documentos, etc.

* Juan Francisco Aguirre: *Discurso histórico que comprende el descubrimiento, conquista y establecimiento de los españoles en las provincias de la Nueva Vizcaya, generalmente conocidas por el nombre de Rio de la Plata*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, Col. Austral, 1947. 214 págs.

Igual que en la obra "Viaje del mundo" de Pedro Ordoñez de Ceballos, la edición y prólogo es de Ignacio B. Anzoátegui. Se trata de un fragmento del "Diario" de un navegante y escritor español de fines del siglo XVIII.

